

Ganadores de "Cuéntanos la historia de tu adopción..."*

Lo prometido es deuda. Aquí tenéis el relato que quedó en tercer lugar en nuestra convocatoria literaria.

La «feliz adoptada» es Ruth Almenar Ferrer, vive en Castellón de la Plana y ha querido contarnos cómo su perro Dog le enseñó a valorar cosas tan importantes como el amor y la amistad...

Enhorabuena, Ruth.

Mi mejor regalo

Septiembre de 1983

Apenas tengo diez años, y a cualquiera que le preguntéis sobre mí os dirá que soy introvertida y muy tímida. Por ello mi familia dice que soy «rara».

Lo primero que deseé tener en esta vida fue un perro, ¡y por fin, hoy lo he conseguido! Mis padres, gracias a que soy «rara», se han decidido a adoptar uno, creen que me ayudará a cambiar. Lo trajeron en una caja de galletas, y realmente es lo más bonito que he visto en toda mi vida.

Mis padres han dejado que Dog durmiera conmigo, y esta noche, cuando me he despertado asustada, como siempre, no me ha costado volver a dormirme, ya que he sentido su respiración, allí abajo, junto a mis pies. Él no le tiene miedo a nada.

Cuando sea mayor, yo le cortaré el pelo, y lo bañaré arriba en la terraza, y lo envolveré en una toalla, y seguro que se quedará dormido en mi regazo.

Y al final, cuando Dog apenas vea, ni oiga y ande despacio, lo querré más que nunca, porque habremos pasado toda una vida juntos. Sabré que poco a poco se le va la vida, pero seré fuerte y sonreiré para que él no note que estoy triste.

Marzo de 2000

Hoy es mi cumpleaños y no puedo decir que sea un día muy feliz, más bien todo lo contrario. Han pasado ya diecisiete años desde aquel maravilloso día en que Dog entró a formar parte de mi vida, y los dos juntos nos embarcamos en este viaje de dar y recibir. Pero hoy ha llegado el final de ese corto pero intenso viaje y, como ya sabía, esto no resulta fácil; sin embargo, a pesar de ello, si volviera a tener diez años desearía más que nada en el mundo adoptar a Dog. Supongo que es porque

desde ese día de verano, ya casi entrado el otoño, en el que me regalaron ese cachorro que yo sostenía en mis brazos y que era como una madeja de lana, tan suave como el algodón, se convirtió en el ser que más tarde me robaría el corazón, en el mejor regalo que he tenido.

Fue el día más feliz de mi vida, pero también recuerdo otros muchos momentos felices vividos con Dog. Como aquel domingo, cuando yo estaba en la iglesia con mi familia y de pronto todo el mundo se giró a mirar hacia el pasillo central. Yo no podía creer lo que estaba viendo, Dog se acercaba hacia el altar como si fuera lo más natural del mundo. Mi madre me mandó que lo sacara de allí inmediatamente, pero mi timidez me impedía moverme, estaba paralizada. Sin embargo, sentí que Dog era lo que más quería en el mundo y que tenía que hacer algo, así que, sin saber cómo, me levanté y fui a por él. Lo cogí en brazos, y en ese mismo instante mi vergüenza se transformó en un gran orgullo, mientras mi pequeño cachorro se agarraba fuertemente a mi cuello y me lamía la cara con tal entusiasmo como si hiciera años que no me veía.

Pequeñas anécdotas como ésta son las que me hicieron cambiar y, poco a poco, consiguieron que mi timidez desapareciera. Pero anoche, inevitablemente, Dog se fue al país de nunca jamás, donde mi padre cuidará de él. Les agradezco a mis padres que me hicieran el mejor regalo de mi vida, ya que junto a Dog aprendí lo que es la amistad, el cariño, el amor, la responsabilidad... En resumen, cuando mi perro me adoptó me enseñó a querer.

Ruth Almenar Ferrer

** Siguen llegando relatos a la Fundación, probablemente porque los autores no saben que el concurso finalizó en 2003. Lamentamos no poder publicarlos.*